

SEGUNDO PREMIO CATEGORÍA A

ÉRIKA ORTEGA LÓPEZ, 3.º C

ABUELO, CUÉNTAME

Desde que era muy pequeña, mi abuelo solía contarme cómo había sido su infancia y las desigualdades sociales que existían en una España empobrecida debido a la Guerra Civil y la posterior dictadura franquista.

Unas de las historias que más me marcaron al escucharla fueron las de los tan sonados casos de estraperlo, una actividad ilegal propia de los años 40 que consistía en la comercialización de productos con el fin de evitar el pago de tasas al Estado y de ese modo adquirir mediante este intercambio bienes de primera necesidad.

Muchas de las personas que se dedicaban a esta actividad realizaban artículos artesanales como tapetes, vasijas... para posteriormente venderlos a cambio de alimentos. Mi abuelo me contaba que su familia pertenecía a una clase social baja que se vio afectada por el hambre de la época y la Guerra Civil, ya que mi bisabuelo fue obligado a participar en la guerra dejando a su esposa sola con cinco niños pequeños, entre ellos mi abuelo, con tan solo 12 años de edad. A falta de comida y por la necesidad de alimentar a sus hijos tuvo que dedicarse al estraperlo.

Su mayor habilidad era la realización de tapetes, por lo que intentó ganarse la vida con su venta, aunque fuese de manera ilegal. Todas las mañanas viajaba en tren desde Tobarra, su pueblo natal, a Albacete para entregarlos a cambio de productos esenciales.

Uno de los grandes miedos que tenía la gente del pueblo que se dedicaba a esto era ser pillados por la guardia civil que actuaba de forma cruel ante esta situación. Los agentes solían vigilar la estación para controlar que no se incumpliesen las normas, por ello la gente temía que les quitasen todo aquello que habían conseguido durante el día.

Una mañana mi bisabuela se montó en el tren para comenzar su rutina de trabajo. Después de ir al mercado, volvió hacia Tobarra y en la estación se encontró con la guardia civil que iba requisando todo lo que habían ganado. Al ver esta situación, no encontró otra solución que saltar por la puerta del tren al arcén para así evitar que le quitaran todo lo que llevaba, con la mala suerte de caer en las vías del tren y ser arrollada por él, falleciendo en el acto, a los 37 años.

En estos casos la guardia civil buscaba a la familia del fallecido para requisar todos los productos que tenían y culpar a sus miembros por realizar una actividad ilegal. Para evitar quedarse sin nada y poder dar de comer a sus hermanos, mi abuelo no pudo acudir al entierro de su madre; de esta manera no levantaría sospechas de que era su hijo. Sin embargo, necesitaba despedirse de su madre y saber cuál era su tumba, así que se subió a una tapia y desde la distancia pudo ver cómo la enterraban.

A partir de ese momento, se vio en la necesidad de dejar el colegio y empezar a trabajar en el campo, aunque tuviera solo 12 años, porque sus hermanos eran más pequeños y debían quedarse en casa.

Este trabajo era muy duro y estaba muy mal pagado, por lo que pasó hambre y necesidad; pero siguió adelante por sus hermanos, para que ellos pudieran tener una infancia más fácil que la que a él le había tocado vivir.

Cuando me contaba estas historias me asombraba lo diferente que era la vida en aquella época y lo que habían sufrido muchas familias por temas políticos, por el hambre, por la desigualdad.... Parece surrealista pensar que esto un día sucedió si comparamos la vida que llevamos ahora la mayor parte de la población con la vida que tuvieron que vivir aquellas personas.

Pensar en todo esto hace reflexionar y valorar todas las cosas sin importancia de las que nos quejamos día a día, en vez de fijarnos en todo lo que tenemos y en lo mucho que la vida ha mejorado en estos últimos años. Poco a poco este progreso se va notando a nivel social, pero aún quedan muchas personas que intentan sobrevivir en un mundo que les da la espalda por el color de piel, la raza...

Quizás algún día consigamos solucionar este problema entre todos, mejorando nuestro mundo y el de todos.